

# MIENTRAS SE ENFRÍA EL TÉ



*María Valdés*

Título: Mientras se enfría el té  
Autora: María Valdés  
Cubierta: "Retrato de Ida", de Vilhelm Hammershoi (1894-1916)

Imprime: HiFer A.G., Oviedo. [www.hifer.com](http://www.hifer.com)  
I.S.B.N.: 978-84-17130-58-9  
Dep. Legal: AS-01588-2018



[www.elsastredeloslibros.es](http://www.elsastredeloslibros.es)

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo o alquiler o cualquiera otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin permiso previo y por escrito del titular del Copyright.

© El Copyright y todos los demás derechos son propiedad del autor y está debidamente registrado en el Registro General de la Propiedad Intelectual de Asturias.

## MIENTRAS SE ENFRÍA EL TÉ

*Estas historias fueron durante algún tiempo lo primero que vertí en el ordenador o en el cuaderno por la mañana, al despertar. Intenté con ellas, sobre todo, captar la atmósfera de lo que soñaba, ese fue básicamente mi empeño.*

*Soñar es una fiesta. En los sueños te enamoras, hablas con tus padres muertos, vuelas, entiendes perfectamente el ruso, te mantienes sin ningún problema en pie. Incluyo las pesadillas, porque de ellas te despiertas si las estás soñando.*

*Sí, un libro de sueños, de sueños que realmente sucedieron.*

## I

El niño sólo llevaba calzado un pie. Le conseguíamos varios zapatos más, incluso unas botas, pero ninguno emparejaba. No nos costaba convencernos de que eso carecía de importancia, que se trataba de algo que se podía revisar, eso de llevar los dos zapatos iguales, vaya, quién lo decía.

Se hacía cargo de nosotros una anciana de expresión dulce y bien peinada, mi abuela materna vista de lejos. Y eso me sorprendía, aunque pensaba que no podía caer en aquel espejismo ni acostumbrarme a una existencia regalada (qué tonto se pone uno a veces).

Me paraba frente a un gran edificio blanco. El cielo estaba azul y brillaba el sol. Podía ser un cementerio, pero también algo que espera. No que espera, que te está esperando.

## II

Poníamos banderas o sábanas en la puerta de nuestras cabinas, en realidad de las suyas, porque eran dos jóvenes bellísimas suecas o noruegas que iban a casarse con alguien de la familia y creo que yo sólo las observaba. Una de ellas, la más rubia e independiente, quería tomarse unas vacaciones de quince días antes del enlace. Decía que tenía dinero y que necesitaba hacerlo. Todos nosotros hablábamos sueco o noruego, aunque yo no estaba muy segura de poder y me contentaba con escuchar a los otros. Un pariente muy cercano enseñaba aquella lengua a su hijo, un pequeño macroencefálico con gafas y lunares en el pelo que, si te fijabas bien, tenía una mirada dulce y hermosa. El niño sí que hablaba aquella lengua; aquella y la nuestra, que a saber cuál era ya.

### III

A mi padre no le importaba que tardase tanto en el cuarto de baño porque iba a casarme y llevaba su tiempo ponerse guapa, aunque no lo conseguía porque la melena me quedaba fea y con los ojos sin pintar, las gafas me tragaban la mirada. El traje que llevaba tampoco me favorecía: me lo había hecho mi madre hacía muchos años y tenía bolas y me marcaba la barriga. La boda era en Madrid y yo tenía menos de veinte años y toda una carrera por delante.

Después él trataba de explicarme por qué había actuado de esa manera. Estábamos en el teatro. Había engordado y se había quedado calvo, ni siquiera era su cara, pero era él. En un descanso salía al pasillo y a lo tonto, después de andar un rato, me encontraba en una feria temática. Me admitían porque reconocía la ópera de Mozart que estaban interpretando y porque tocaba el piano. Pero era incapaz de entender las normas que regían aquel mundo caótico y lleno de color. Quizá no las hubiera, aunque todos los demás parecían saber muy bien qué hacer y por qué estaban allí. Entre unas cosas y otras, a mí se me notaba a la lengua que no tenía ni idea de qué pintaba en medio de aquel jaleo. Se me notaba de lejos que no había entendido nada y que nunca lo haría.

## IV

Una mujer ciega, de pelo negro, gafas negras y bastón blanco, no tenía tanta suerte como yo, que había podido darme cuenta de que desde esa altura era imposible no caerse. La miraba estrellarse contra el suelo, las bragas al aire. Otra mujer corría a ayudarla. Es increíble que haya quien pase de largo sin echar una mano, decía. Y yo sabía muy bien que no se dirigía a mí. Ligera y con una falda de vuelo que dejaba a la vista mis hermosas piernas blanquísimas, echaba a andar por la zona de la catedral. Llevaba un capazo en el que me cabía todo lo que tenía. La mujer que había acusado de indiferencia y crueldad a los paseantes, de ningún modo se refería a mí, que no se me olvidara.

## V

Acompañábamos a Carmen la gitana al programa de televisión. Mi madre parecía contenta, como siempre desde que murió. Para alegría de todos, Carmen encontraba a su hermana, una niña de ocho o nueve años clavada a ella, aunque con trenzas: las mismas cejas tatuadas en algún país sudamericano, los mismos ojazos almendrados, la misma piel. Según Carmen no se parecían en nada.

Yo sí que no me parecía a un hijo que era mío y no recordaba haber parido, aunque si lo miraba bien, algo de él me tiraba. Era rubio de pelo y moreno de piel y ojos, como aquel chiquillo que había cuidado hacía tantos años, la misma expresión triste y mimosona. Nada que ver con el campeón de golf que sale ahora en los periódicos.

Entre tanto Miguel nos preparaba chuletones al horno, sólo tres porque éramos tres. Ni uno más. Nos besábamos y a él se le inflamaba el labio inferior. Y no sé qué pintaba yo en bragas pero, desde luego, aquello no debía verlo nadie.

Al final de todo esto, más un coro lírico que no sé cómo meter, me rebelaba y decía que me aburría: que no quería salir en la tele porque hacía dos años que no me cortaba el pelo y vaya pintas, y que además a saber a qué hora nos llamarían; y a ti, Miguel, que no te esforzases tanto, que ya



sabías que hacía tiempo que lo habíamos dejado porque, hombre, eras un tacaño y un gruñón. Vale, también un cielo, como tú mismo decías. Pero bastante gris, y mira, mejor lo dejábamos aquí.